

III. Comentarios

EL ESPINAR. 25 AÑOS DE ENCUENTROS ECUMÉNICOS

FRANCISCO HENARES

RECIBIDO: 02/11/2015

ACEPTADO: 29/11/2015

En servicio de quienes no sepan mucho del tema (perdonen Uds.) nos permitimos mostrar unas pinceladas de experiencias, y a la vez, unos brochazos de teología ecuménica.

1. COMO UN ZAGUÁN DE EL ESPINAR

25 años como punto de encuentro son muchos a cuestas entre novedad y constancia. Todo comenzó con don Julián García Hernando y con las *Misioneras de la Unidad*. De inmediato, se unieron iglesias de la Reforma y de la iglesia ortodoxa. Ocurría tal en la Sierra de Madrid, en 1990. El lugar se convirtió, desde entonces, en el antiguo fuego de Moisés y la montaña. Los primeros días de julio es siempre la cita. Como aves migratorias de toda España hacia un lago de alas y reposos. Héctor Vall, el jesuita que nunca ha faltado a la cita, nos introducía a estos 25 Años, es decir, a la idea originaria del grupo que comenzó, a la naturaleza del hecho, a las dimensiones (espiritual, doctrinal, festiva, pastoral), a la sensación de que conocerse es comprenderse. Y así seguimos. Ahí están las realizaciones: los frecuentes encuentros de índole parecida, *Acemu*, la revista de *Pastoral Ecuménica*, los boletines, las amistades ya largas, etc. Y, por supuesto, se presentaba el por qué del tema de este año, que es hermoso mucho: *El ecumenismo: carisma de curación*. Curar y sanar tiene forma de nido y fuente. El ecumenismo es cobijo y sanación, como un agua ritual. De hecho, nos congregamos allí bautizados de diversas congregaciones. En la carpeta repartida, al comienzo se nos adjuntaba una hoja como antología ecuménica. Frases y fragmentos, sobre todo del P. Yves Congar. Similar a otros

años, al comenzar el día, nos juntábamos con media hora de oración; y desde las diez hasta la comida teníamos las ponencias, los diálogos con el ponente, y la reflexión bíblica diaria. Este año dirigida por Juan Pedro Cubero. La tarde la llenaban otra ponencia, el diálogo entre todos, divididos en grupos pequeños, y la oración ecuménica antes de cenar. Preparada aquélla, cada día por una de las comunidades presentes. Salmos, cánticos, oraciones. Un mundo de belleza espiritual, unido a las hondas reflexiones teológicas y críticas del día a día. Del martes 30 de julio (2015) hasta el sábado, El Espinar era una llama de Pentecostés, en gloria del Padre, revelado en el Hijo, con el fulgor del Espíritu. Loados sean los 25 Años.

Quizás por eso, al final, escribimos un Manifiesto-Carta dirigido a la FEREDE, recordándole que no cese en acompañarnos. Carta de fraternidad y llamada. Otra buena costumbre de El Espinar es la exposición de las actividades ecuménicas que cada grupo va haciendo a través de todo el año. El grupo de Cartagena, incluido. La fuerza de la debilidad. Centros ecuménicos, parroquias católicas, protestantes, iniciativas de grupos. Un mundo muy particular y esperanzador. Punto álgido de los *Encuentros* son las ponencias, dadas por especialistas. La última tarde-noche celebramos un ágape-cena, muy bien preparado en comida muy propia y en textos preciosos y abundantes. En esta *celebración judía* (y universal) la comida y la Biblia iban de la mano, encuentros de mano con mano son los de El Espinar. Todo mira a conocerse y comprenderse, en efecto, todo mira a celebrar la liturgia de la Reconciliación, mira a un *happening* que asomó un día en la capilla, exaltación de la gloria del Padre misericordioso. Y, por supuesto, se acrecienta en las noches de El Espinar, tras la cena, porque no faltan las guitarras, el buen humor, la armónica, las palmas y canciones antiguas y nuevas. Y es que somos como niños en una acampada alrededor del fuego y de las tiendas de campaña. Honor al Señor Jesús que puso su tienda (Filp. 2) junto a nosotros, y se quedó aquí para siempre tras su resurrección. Benditos 25 Años.

2. LA LUZ DE LA TEOLOGÍA ECUMÉNICA

Conviene recordar quiénes organizan los Encuentros de El Espinar: Alfredo Abad (IEE), Ángel Hernández Ayllón (C), Felipe Cararmona (IEE), Gloria Uribe ©, Héctor Vall ©, Juan Larios (IERE), M^a José Delgado ©, Teófilo Moldovan (ortodoxo rumano). Es evidente que cada año se afanan ellos por que medie tanto la reflexión bien cumplida, cuanto la pastoral que preocupa. Y es también evidente que todavía los asistentes no cumplimos esa tasa deseada

en la que querríamos ser mitad y mitad (por lo menos), porque todavía los católicos (suele ocurrir en estos tiempos en España) somos más que las demás iglesias. Pero todo se andará bajo la luz del Espíritu.

Alfredo Abad, tan cercano a estos encuentros, nos puso en su ponencia ante la *curación de la memoria: doctrina de la Justificación*. El tema casa bien con la historia del ecumenismo, en especial a partir del año 2000 (basta recordar a Graz, Basilea, etc.). Pero ayuda a comprender raíces profundas, como las Comunidades de San Egidio y otros (de Mediación de Conflictos, efectivamente). Se trata de clarificar los relatos de cada parte, es decir, de cómo se ha vivido lo histórico. Ha habido que concretar y contrastar desde la experiencia propia, y acudir al texto evangélico: “si tu hermano tiene algo en contra...”. Curación de la memoria es ponerse en el puesto del otro; aceptar la legitimidad del otro Y no se acepta sólo como individuación, sino que lo colectivo pasa a formar parte de la experiencia. A lo mejor no coincide con la actualidad, pero sí como se ha vivido. Quizás se presentan las cosas sacando a relucir un tocho de más de cien agravios (como ciertos políticos actuales, en efecto). Por eso, la superación de conflictos actúa sobre la memoria histórica. Y es que reconciliación es curación de sufrimientos espirituales. De ahí lo importante de restablecer la identidad que una. Eso conlleva el perdón y la renuncia a la venganza. Las víctimas cuando se han encontrado con verdugos, y superan algo, se sienten mejor. Ocurrió con las guerras de los Balcanes. En los últimos años, se ha trabajado mucho en puentes de reconciliación. Un deseo: el germen de otra Europa que deseamos acabará exclamando ¡*Shalom!* Justamente en la teología de K. Barth se dedica gran parte de su ancha *Dogmática* a esto. Se nos dice que esa es la obra de Dios en Cristo. Las Cartas de Pablo van en esa línea, y apuntemos lo que una de ellas avisa *que Cristo ha roto el muro de la separación* (Ef. 2, 14). No se trata, por tanto, de un compromiso intelectual. Es una nueva identidad. Recordemos Rom. 5: *cuando éramos enemigos, Dios nos reconcilió con él*. La justificación ha logrado (cfr. el documento católico-protestante de ella) la reconciliación. Ahora ésta es la tarea de las iglesias. Separarse volvería a ser una alienación quizás mayor que nunca. Una falsa conciencia. En cambio, el documento va por la línea de la superación. Dice éste: “Superando los obstáculos...”. De ahí que la *Dominus Jesus* no pareciera fruto de un espíritu totalmente del Vaticano II.

Ángel Hernández se centró en *el problema de las mediaciones*. Ya decía Lutero que las mediaciones es un tema, no como otros. Siempre se teme que entre Dios y los hombres haya intermediadores, pero nosotros deberíamos ir más allá de las ideas y mirar más a los dones del Espíritu Santo. Aceptando a Dios Uno y Trino, y al bautismo recibido, el diálogo parte de lo que nos une,

no de los que nos separa. Por otro lado, hay elementos que siendo importantes, ocupan un lugar secundario, es decir, unos clarifican nuestra fe más que otros. Al decir que somos católicos, eso abarca todos los elementos. Evitar riesgos reales nos pone ante dos hechos: 1º.- La clara identidad. 2º.- Dialogar. El Card. Kasper expresa que se ha perdido la propia identidad, y eso concierne no una a una de cada persona individuada, sino también al colectivo. ¡Ojo por tanto a destacar de dónde venimos, porque las ideas pueden ser un obstáculo! Y tampoco conformarnos con estar juntos, ya que los primeros cristianos tuvieron que crear los Credos. El camino ecuménico no es sencillo. De ahí la importancia de nuestro tema en estos 25 Años: *carisma de sanación*, se llama. ¿Cristo es el único fundamento de mediaciones? ¿Qué lugar ocupan nuestras obras? Entonces ¿qué es la Iglesia? Usamos la Iglesia no como causal, no robamos nada a Cristo, que es el único mediador, pero salva también que haya mediaciones. Eso es Flp. 2: se abajó, vino, nació... El ponente también se hizo preguntas sobre cómo usar los sacramentos tal a *mediaciones*. Trento no dudó en dar relevancia a las obras, a la cooperación en la Iglesia. La Iglesia es completa cuando se llena de relación salvífica. El sacramento es signo. Debe verse con los ojos de la fe y de la mente. No es sólo usarlos, sino que se haga *en memoria mía*. Puso este ejemplo: Si escribo es porque tengo manos, y por eso, tengo bolígrafo. No están en el mismo plano, ciertamente, pero se necesitan. He ahí la analogía de los sacramentos. La Iglesia no es que se presenta en puesto de Dios. No es un mismo plano. Por ahí adviene el debate de la instrumentalidad: ¿cómo hacer que esa Iglesia sea fruto primero de la salvación? Aplicándolo a experiencias vividas en la historia es claro que el protestante tiene unas formas más interiores, y el católico más externas. Existe quien dice: creo, pero no practico, es decir, que no busca mediaciones, porque Dios obra por nosotros; pero también es verdad que Dios no hace nada sin el hombre. La fe es la respuesta que ofrecemos las personas, y esto tiene un cara exterior, y otra interior. Entre medias, está la Palabra. Lo dice Pablo: *fides ex auditu*. En la Pastoral urge, de todos modos, una profunda regeneración del sacramento. ¿No se saca nada de la Palabra en el sacramento? Salió, obviamente, a relucir en la ponencia la mediación de María, las dificultades del lenguaje ahí, la posible oposición y crítica de María frente a Cristo en presentaciones anticuadas de protestantes. Pero tampoco olvidemos que el Padre designa a María como icono de Cristo. No es por ella misma lo que recibimos. No es que añada ella nada a Cristo. Son embargo, hay que escuchar despacio a 1 Cor. 3 cuando se habla de *cooperadores*, o cuando se ve actuar a María en las bodas de Caná. El capítulo 8 de la *Lumen Gentium* nos sirve

de guía. Reseñemos gustosos que esta ponencia estaba llena de vida, por su actualidad, y por clarificación de conceptos.

José Fco. Pérez nos presentó una realidad omnipresente: “Dificultades sobre el lenguaje religioso”. ¿Qué es lenguaje? Si escribimos, ya este escribir esconde cosas. Por ej. no es oral. Pierdes, pues, riqueza. A su vez, escribir es petrificar un texto. Presentación de salida crítica y aguda, como se ve. Echando un vistazo a la antigua historia cristiana, vemos rutas, luego Imperios bajo Bizancio y los persas. Aquellos cristianos tomaron unas mínimas diferencias o independencias, dentro de una ubicación geográfica y política. El lenguaje quiso, y lo intento de modo manifiesto, unir a través de los Concilios Ecuménicos. Se firmaba conjuntamente, pero era desde el poder, y el poder domina el lenguaje religioso casi siempre. O tiene esa tentación perenne. Ejemplo de crítica a eso sería Máximo el Confesor, y cómo le cortaron la lengua y las manos. Y es que el lenguaje por un lado es débil; pero por otro es la Palabra. En el Génesis Dios tiene palabras creadoras, y encima estamos hechos a su imagen y semejanza. Más todavía: la Palabra se une al Pan eucarístico. La Palabra tiene que ir a la unidad, por tanto. Coger un pan es ya unidad. Del diálogo intratrinitario se nos pega la unidad a nosotros, gracias a la fe. Luego no es tanta la división. No es tanta entre cristianos. Quizás es más grande con nuestros hijos y familia. La exposición de José Fco. fue ayudándose después del arte y su lenguaje visual: un cuadro de Rafael por aquí; otro de Caravaggio por allá, y la música misma. El arte transforma al mundo, pero como en el famoso cuadro de *El Grito*, el hombre entre carreteras está solo. Muy interesante la ponencia y los diálogos posteriores.

Carmen Picó puso ante nuestros a “Cristo reconciliador” a base de citas abundantes del Nuevo Testamento. Algo así como un vocabulario de Cristo reconciliador. Partió de un texto bien antiguo del N. T., el de 1 Cor. 15, 1-5. Pablo cierra ahí su Carta, pero echando mano de historia de esa comunidad. Recuerda él el evangelio que predicó desde el inicio. “Os salváis- dice- si lo retenéis en la forma que os evangelicé. De no ser así habríais creído en vano”. Carmen resaltó esto: una comunidad, una tradición, un mensaje de salvación, un mensaje dignidad. Lo importante no es lo que Pablo dijo, sino lo que ellos habían recibido. Por la Resurrección entramos en una nueva forma de existencia. Además ahí tiene su origen el Reino. Implica, por tanto, una reacción interior. Los testigos del Reino proclaman un mensaje reconciliador. Lc 4 (e Is. 60) son el colmo de ese Reino. Se ha cumplido éste (Hoy): los ciegos ven, los cojos andan, etc. La entraña misericordiosa del Padre trae el Reino en el Hijo. Se trata de restaurar. Por tanto, se abren ojos, y así se obra y se lza el movimiento.

Cristo no habló tanto de él mismo o de la Iglesia cuanto del Reino. El cambio de valores se evidencia. Basta ver las parábolas del Reino. O cómo es éste: fermento (Mt. 13, 33); brote (3, 30); búsqueda (Mt. 8, 33). Cristo nos remite al Abba-Padre (Os. 11, 1; Jer. 4, 19). El Reconciliador se pone manos a la obra para el Reino: los milagros son signos de la acción de Dios en favor de los pobres de Israel. Los gestos de Cristo reconciliador ahí están: en las relaciones personales; en sus comidas, lavatorio de pies, en que es criticado por su cercanía a los humanos (lo acusan de comedor y bebedor). En fin, Carmen recogió, a la par, cómo es el seguimiento de Cristo: dinámico, arriesgado, comprometido, liberador, radical, libre, alegre. Por evidente, con la escatología de 1 Cor. 15, fuimos llevados en la ponencia al sentido de la muerte. Y así arribamos a las conclusiones, a saber, reconciliación con nosotros mismos, con el mundo, con los demás, con el Padre misericordioso, nuestro Abba.

Por último, Antonio González dedicó su ponencia a esto: “Nuestra Unidad: Amor y Libertad”. Comenzó por estas dos calles: a) ¿Qué es eso de Unidad humana? b) ¿Qué es unidad en historia del cristianismo? Acerca de lo primero caben varios modelos: de biología, de la especie humana (neardentales o no); o unidades más pequeñas, como la familia. Desde el punto de vista estructural, podemos hablar de global, y ahí caben con razón que unas acciones estén conectadas con los demás, y quizás ni se conocen, pero su labor es efectiva.. Significa, por tanto, compartir muchas cosas, pero no otras por fuerza. En la misma unidad identitaria se comparte mucho: religión, moral, mentalidad. Sirve tal para que se entiendan las gentes, gracias a elementos comunes, y desde luego se multiplicarán los símbolos. Esto lleva a observar cuáles son las diferencias entre otros seres, y hoy creemos que no son tantas. Y luego, está también la unidad comunal (no sólo comunitaria). Los chimpancés cazan juntos y saben los papeles (*roles*) de cada cual. Entre los humanos si no te pagan, lo haces constar. Se busca la equidad por encima de todo. De lo contrario, se arma la lucha. Y queda claro que lo comunal es más fuerte que lo identitario. Segunda cuestión: ¿qué es la unidad cristiana? El evangelio apunta: ¿Quién es mi prójimo? Esa pregunta, así dicha, quiere decir quién es miembro de Israel. ¿Cómo cuentan ahí las fronteras? Por ejemplo, el samaritano. Éste se hace prójimo. Eso es unidad del Pueblo de Dios. También el evangelio insiste en que la relación más radical es amar al enemigo, porque eso no lo hace ninguna religión, ni pueblo en el mundo. Hay parábolas de invitados al banquete, y cuyos comensales no van a aquél. En cambio, se llama a otros de afuera porque ven lo propio que se buscaba. O la fe del centurión que pasmó a Jesucristo. El Concilio de Jerusalén muestra a la circuncisión como filo de desavenencia. Lo que importaba y se

vio era la adhesión al Mesías. El lío mental de Pedro se arregla gracias a la comunidad por lema. No son precisamente doctrinas, sino comportamientos. Efesios, 4 habla de la unidad en el vínculo de la paz. Un mismo sentir, por tanto. No salva el predominio de la unidad de actos compartidos. Cualificada unidad con Cristo, mediante el Espíritu y en el Pan. Eso parece más que símbolo, doctrina. Pero podemos preguntarnos, al revés, ¿qué rompe la unidad? No quizás la doctrina, sino la codicia, el mandar, el sobresalir (los hijos de Zebedeo). San Justino pide a paganos que se conviertan, pero insiste más en las casas y en comer juntos. Es decir, se mide la convivencialidad. Cuando comenzó el constantinismo, vinieron las pegas de la religión oficial. La desaparición, en buena parte, de lo comunitario y solidaridad, y de compartir bienes; o bien que esto lo hiciera el Estado. Las comidas rituales corrían peligro de rutinerías. Por su parte, la Reforma Protestante no entendió demasiado la unidad en Cristo. Seguía más bien como doctrinal, y así aparecía como rompimiento político a la vez que cristiano. De todos modos, hoy constatamos que la unidad nunca desapareció (la de recibir al Señor). Lo comunal no se borra, las iniciativas de solidaridad ocupan sitio. Hoy necesitamos una reubicación de lo sacramental y de sacramentos, de aquellas comunidades-mesa del Señor. Se exige volver al servicio del Señorío. La tesis y la utopía va en la línea de recuperar la unidad comunal. Esta ponencia, sin poner banderillas para no herir, se convertía no sólo en un canto al ecumenismo y a las reformas camino de la unidad, sino en una mirada también alrededor de nuestra vida política. Urge una lectura civil de nuestro ecumenismo. Las aplicaciones serían copiosas. Magnífica ponencia.

En fin, demos gracias por estos días de El Espinar. Buscan estos encuentros una fórmula mágica: unir doctrina con convivencia. Muchos de los que vamos allí nos conocemos de otros años. Hay un calor de manos y corazón sediento de unidad. La lástima es que, como siempre, la juventud se nos vuela y no acude a estos nidos. Ojalá donde hubo nido antaño, se recuperen hogano. Ojalá esperar se convierta en esperanza. Y todo *para que el mundo crea*.

